

Pruebas irrefutables Marcos 15:33-47

Introducción

El eje de la fe cristiana es la muerte y resurrección de Jesús el Mesías. Si alguna de ellas no fuera cierta, entonces ya no tendríamos un fundamento para nuestra fe. Se desmoronaría.

Los autores del Nuevo Testamento lo sabían. Eran plenamente conscientes de que los enemigos del Evangelio harían todo lo posible para que la gente dudara de la veracidad, de lo genuino de la muerte y resurrección de Jesús.

Así que, cuando hablaban de estas cosas, tenían cuidado de recordar a sus lectores que estas cosas no se hacían en secreto. Había muchos testigos presenciales de los acontecimientos que describían.

Incluso hoy en día, muchos escépticos intentan poner pegas a todo lo que no pueda explicarse de forma natural en torno a la muerte y resurrección de Jesús. Pero gracias a los testimonios de los testigos oculares recogidos en la Biblia, podemos estar seguros de que no estamos siguiendo mitos hechos por el hombre o cuentos ingeniosamente inventados. Nuestra fe está construida sobre cimientos firmes.

En nuestro texto de esta mañana de Marcos 15, Marcos contribuye a esa base firme. Al describir el relato de la muerte y la sepultura de Jesús, nombra intencionadamente a los testigos presenciales de todo lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué? Para que pudiera verificarse.

A cualquiera que se mostrara escéptico sobre su relato, Marcos podía desafiarle diciendo: "He nombrado a los testigos. Vayan a preguntarles ustedes mismos si creen que lo que digo no es cierto".

A la legitimidad del relato de Marcos se añade el hecho de que no todos los testigos simpatizaban necesariamente con Jesús y estaban abiertos a su Evangelio. No tenían un "perro en la pelea" o un "caballo en la carrera", por así decirlo. Sólo respondían a lo que veían con sus propios ojos y oían con sus propios oídos.

Con esto como telón de fondo, permítanme leer el pasaje y luego veremos tres áreas de evidencia indiscutible:

- La prueba irrefutable de la muerte de Jesús
- Las pruebas irrefutables de la deidad de Jesús
- La prueba irrefutable de la sepultura de Jesús

Entonces, Marcos 15, y leyendo los versículos 33-47.

³³ Cuando llegó la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. ³⁴ Y a la hora novena, Jesús clamó a gran voz: "Eloi, Eloi, lema sabactani?", que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". ³⁵ Y algunos de los circunstantes que lo oían dijeron: "Mirad, está llamando a Elías". ³⁶ Y alguien corrió y llenó una esponja de vino agrio, la puso en una caña y se la dio a beber, diciendo: "Esperad, veamos si viene Elías a bajarle." ³⁷

Entonces Jesús lanzó un fuerte grito y expiró. ³⁸Y la cortina del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. ³⁹Y cuando el centurión, que estaba frente a él, vio que así exhalaba el último suspiro, dijo: "¡Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios!". ⁴⁰Había también mujeres que miraban desde lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, y María la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé. ⁴¹Cuando estaba en Galilea, ellas le seguían y le servían, y había también otras muchas mujeres que subieron con él a Jerusalén. ⁴²Al atardecer, como era el día de la Preparación, es decir, la víspera del sábado, ⁴³ José de Arimatea, miembro respetado del consejo, que también buscaba él mismo el reino de Dios, se armó de valor y fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. ⁴⁴Pilato se sorprendió al oír que ya había muerto. Y llamando al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. ⁴⁵Y cuando supo por el centurión que estaba muerto, concedió el cadáver a José. ⁴⁶José compró un sudario de lino, lo bajó, lo envolvió en el sudario y lo depositó en un sepulcro excavado en la roca. Hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro. ⁴⁷María Magdalena y María, la madre de José, vieron dónde estaba sepultado. (Marcos 15: 33-47)

La prueba irrefutable de la muerte de Jesús

El Credo de los Apóstoles, que se remonta al menos al año 140 d.C., resume lo que creemos los cristianos. Comienza así:

"Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su Hijo único, Señor nuestro, que fue concebido por el Espíritu Santo, nació de María Virgen, padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos;..." (extracto del Credo de los Apóstoles)

Sólo entonces habla de la resurrección de Jesús. La muerte física de Jesús es tan necesaria para nuestra salvación como su resurrección física. ¿Por qué es esto cierto?

En una palabra, debido a nuestra necesidad de la expiación de nuestros pecados. Debido a nuestros pecados, existe una separación inherente entre nosotros y Dios. Isaías escribe:

pero vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han ocultado de vosotros su rostro para que no os oiga. (Isaías 59:2)

Por eso existe este gran abismo entre nosotros y Dios. Para reconciliarnos con Dios, hay que expiar los pecados. Este era el propósito del sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, en el que, de forma simbólica, los pecados del pueblo se colocaban sobre animales, que luego morían: los inocentes derramaban su sangre por los culpables.

Este derramamiento de sangre ponía de relieve el coste del pecado y la gravedad de sus consecuencias. Para que los pecados sean perdonados, la sangre debe ser derramada. Según el escritor a los Hebreos:

En efecto, bajo la ley casi todo se purifica con sangre, y sin derramamiento de sangre [sin que una vida se entregue por la vida de otro] no hay perdón de pecados. (Hebreos 9:22)

Así, la sangre de los animales sacrificados expiaba los pecados del pueblo. Sin embargo, ese sistema de sacrificios del Antiguo Testamento era incompleto y temporal. No podía tratar con el pecado de una vez por todas porque, como dice Hebreos 10:4

Porque es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados. (Hebreos 10:4)

Estos sacrificios servían sólo como prefiguración del sacrificio definitivo que haría Jesús, el Cordero de Dios, que se ofrecería a sí mismo como sacrificio expiatorio perfecto y único por los pecados de toda la humanidad. De nuevo, en Hebreos, leemos:

¹³ Porque si la sangre de machos cabríos y de toros, y la aspersion de los contaminados con ceniza de novilla, santifican para la purificación de la carne,¹⁴ cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de las obras muertas para que sirvamos al Dios vivo. ¹⁵ Por tanto, él es el mediador de una nueva alianza, para que los llamados reciban la herencia eterna prometida, ya que se ha producido una muerte que los redime de las transgresiones cometidas bajo la primera alianza. (Hebreos 9:13-15, RVR)

Sin la muerte física de Jesús, no hay expiación. Seguiríamos en nuestros pecados y alejados de Dios. Sin embargo, la muerte de Jesús en la cruz sirvió como el sacrificio expiatorio definitivo, tendiendo un puente entre nosotros y Dios y proporcionando los medios para el perdón y la reconciliación. Como afirma el apóstol Pedro:

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo entregado a la muerte en la carne... (1 Pedro 3:18a, RVR1995).

La muerte de Jesús es una necesidad teológica. Sin embargo, algunos escépticos desacreditan la muerte física de Jesús en la cruz ofreciendo teorías para explicarla. Una de ellas es la "teoría del desmayo", que sugiere que Jesús no murió realmente en la cruz, sino que simplemente perdió el conocimiento o "se desmayó". Los defensores de esta teoría argumentan que Jesús fue declarado muerto por error y luego revivió en la tumba fría, invalidando la necesidad de una verdadera resurrección.

Pero en los Evangelios tenemos pruebas irrefutables de la muerte real y física de Jesús. Escucha lo que escribió el Apóstol Juan:

³¹ Como era el día de la Preparación, y para que los cuerpos no permaneciesen en la cruz en sábado (pues aquel sábado era día de fiesta), los judíos pidieron a Pilato que les quebrasen las piernas y se los llevasen. ³² Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas al primero y al otro que había sido crucificado con él. ³³ Pero cuando llegaron a Jesús y vieron que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas. ³⁴ Pero uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. (Juan 19: 31-34)

No se sobrevive a eso. Evidencia adicional de que Jesús estaba realmente muerto viene de Marcos. Marcos escribe que cuando José de Arimatea fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús.

⁴⁴ Pilato se sorprendió al oír que ya había muerto. Y llamando al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. ⁴⁵ Y cuando supo por el centurión que estaba muerto, concedió el cadáver a José. (Marcos 15: 43-45)

El centurión sabía lo que le habían hecho a Jesús; sabía cómo era la muerte. No le cabía la menor duda de que Jesús estaba muerto. Las pruebas eran irrefutables.

Por ello, tenemos la seguridad de que nuestros pecados han sido expiados por la sangre de Jesús.

Las pruebas irrefutables de la deidad de Jesús

También era indiscutible para el centurión la deidad de Jesús.

Y cuando el centurión, que estaba frente a él, vio que así había expirado, dijo: "¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!". (Marcos 15: 39)

Esta fue una afirmación, una declaración, de la deidad de Jesús, Su "Divinidad". Había todo un conjunto de pruebas que convencieron al centurión de que Jesús era "el Hijo de Dios". Pero Marcos, en su típica forma abreviada, no nos da muchos detalles. Entonces, ¿qué vio u oyó el centurión que le llevó a hacer una afirmación tan concluyente sobre quién era Jesús?

En primer lugar, la actitud de Jesús hacia los que llevaron a cabo su crucifixión. Mientras Jesús colgaba de la cruz, miró a los soldados que estaban echando a suertes su ropa y pronunció estas palabras:

Y Jesús dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Y echaron a suertes para repartirse sus vestidos. (Lucas 23:34)

¿Y a ti y a mí nos cuesta perdonar a quién por qué? Me imagino al centurión metido en la partida mientras se tiraban los dados, y oyendo las palabras de Jesús, piensa para sí: "¿Quién hace eso?".

Añádase ahora lo que ocurría en el mundo natural que le rodeaba. Toda la creación se convulsionaba mientras su Creador era ajusticiado. Marcos nos dice que desde el mediodía hasta las tres de la tarde, la oscuridad cubrió la tierra. Estoy seguro de que el centurión romano sintió temor y angustia ante la espeluznante oscuridad que se apoderó de todo el paisaje mientras el sol retenía su luz y su calor. Sabía que la oscuridad desafiaba el orden natural del mundo. No tenía explicación científica.

Ahora los escépticos, de nuevo, tratarán de explicar esto diciendo que fue un eclipse solar. Hay dos razones por las que esto es imposible:

- En primer lugar, el ciclo lunar. La Pascua está ligada al calendario lunar y sólo tiene lugar durante la luna llena. Durante la luna llena, la Tierra se sitúa entre el Sol y la Luna, por lo que es imposible que se produzca un eclipse solar.
- En segundo lugar, la mayor duración posible de un eclipse solar total es de aproximadamente 7 minutos y 31 segundos. La mayoría de los eclipses solares totales duran mucho menos, normalmente entre unos segundos y unos minutos. Es imposible que un eclipse solar dure tres horas.

Esta oscuridad antinatural habría traído angustia tanto a judíos como a gentiles. La oscuridad, para cualquiera de ellos, era un signo de la ira y el juicio de Dios. A los que conocían las Escrituras, les habrían venido inmediatamente a la mente las palabras del profeta Amós:

⁹"Y en aquel día -declara el Señor Yahveh- haré que el sol se ponga a mediodía y oscureceré la tierra en pleno día. ¹⁰Convertiré vuestras fiestas en luto y todos vuestros cantos en

lamentaciones; pondré cilicio en toda cintura y calvicie en toda cabeza; haré que sea como el luto por un hijo único y su final como un día amargo. (Amós 8: 9-10)

La oscuridad no fue la única respuesta de la creación a la crucifixión de su Creador. Mateo nos dice que "la tierra tembló y las rocas se partieron" (Mateo 27: 51). Así pues, hubo un terremoto. Uno podría decir "coincidencia", pero en la mente del centurión, estos fenómenos que ocurrían en el reino natural estaban directamente relacionados con este Hombre en la cruz. Era más que un hombre.

Lo último que vio el centurión fue la forma en que Jesús se encomendó al Padre al morir. Jesús dijo:

... "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Y dicho esto, expiró. (Lucas 23:46b)

Se trata de una cita exacta del Salmo 31:5. El versículo entero dice:

En tu mano encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, YAHVEH, Dios fiel. (Salmo 31:5)

Con este espíritu murió Jesús. Para el centurión era evidente que Jesús tenía una relación única con Dios, su Padre. Habiendo cumplido la voluntad de Su Padre, Jesús murió con la esperanza confiada de que Dios lo resucitaría y lo sentaría a Su diestra (cf. Hebreos 12:2). Todas estas pruebas, en conjunto, bastaron para convencer a un centurión romano gentil de que Jesús era, en efecto, el Hijo de Dios.

Mientras ocurrían cosas insólitas en el mundo natural, también sucedía algo insólito en el templo.

Y la cortina del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. (Marcos 15: 38)

Era la cortina que separaba la parte más sagrada e interior del templo, el Lugar Santísimo, el lugar donde residía la presencia de Dios, del resto del templo. Y era enorme. Josefo registra que medía cerca de 60 pies de alto por 30 pies de ancho y cuatro pulgadas de espesor.

Sólo el sumo sacerdote podía pasar más allá de esta cortina, y sólo una vez al año, para expiar los pecados del pueblo mediante la sangre de un sacrificio animal (cf. Éxodo 30:10; Hebreos 9:7).

El hecho de que Dios rasgara esta cortina en el momento de la muerte de Jesús simbolizaba dramáticamente que el sacrificio de Jesús, el derramamiento de su sangre, había sustituido a la sangre de los animales para expiar los pecados. Significaba que la cortina a través de la cual ahora debemos entrar en la presencia de Dios es Jesús. El escritor a los Hebreos dijo:

¹⁹...tenemos confianza para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús,²⁰ por un camino nuevo y vivo que se nos ha abierto a través de la cortina, es decir, su cuerpo, (Hebreos 10:19-20, NVI)

Jesús es la cortina hacia la presencia de Dios, y a través de la fe en su sacrificio expiatorio todas las personas, judíos y gentiles por igual, tienen libre acceso a Dios.

Todo ello constituye una prueba irrefutable de la deidad de Cristo.

La prueba irrefutable de la sepultura de Jesús

Por último, también es importante para nuestra fe tener pruebas irrefutables del entierro de Jesús, y con esto me refiero al entierro seguro. Sin un entierro seguro, sería difícil refutar la resurrección si el cuerpo de Jesús desapareciera.

Los líderes religiosos lo sabían. Por eso leemos en el Evangelio de Mateo que después de que Jesús fue enterrado...

⁶² ...los sumos sacerdotes y los fariseos se reunieron ante Pilato⁶³ y le dijeron: "Señor, nos acordamos de cómo ese impostor dijo, estando aún vivo: 'Después de tres días resucitaré'. ⁶⁴ Ordena, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos y se lo roben y digan al pueblo: 'Ha resucitado de entre los muertos', y el último fraude sea peor que el primero." ⁶⁵ Pilato les dijo: "Tenéis una guardia de soldados. Id, aseguradlo todo lo que podáis". ⁶⁶ Fueron, pues, y aseguraron el sepulcro sellando la piedra y poniendo una guardia. (Mateo 27: 62-66)

No había nada que pudieran hacer para que la tumba fuera más segura. El sello, hecho de cera o arcilla, llevaba impreso el sello imperial romano. Este sello se utilizaba para atar una cuerda a la piedra. Romper el sello significaba incurrir en la ira del Imperio. Dicho sin rodeos, significaba la muerte.

Cuando se montaba la guardia, como mínimo debía tratarse de una unidad de guardia romana, compuesta por no menos de cuatro soldados. Los guardias romanos eran hombres de combate estrictamente disciplinados y sometidos a las normas más estrictas. Dormirse en el trabajo significaba la muerte.

Pero Mateo informa de lo impotente que era incluso una tumba segura para retener a Jesús.

¹ Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. ² Y he aquí que se produjo un gran terremoto, porque un ángel del Señor descendió del cielo, vino, removió la piedra y se sentó sobre ella. ³ Su aspecto era como un relámpago, y sus vestidos blancos como la nieve. ⁴ De miedo de él, los guardias temblaron y quedaron como muertos. (Mateo 28:1-4)

Mientras los guardias estaban en este estado comatoso, el ángel dijo a las Marías: "No está aquí, porque ha resucitado" (Mateo 28:6) Por supuesto, los guardias tuvieron que volver y explicar lo que había sucedido, así que

¹¹ ...algunos de la guardia fueron a la ciudad y contaron a los sumos sacerdotes todo lo que había sucedido. ¹² Cuando se reunieron con los ancianos y tomaron consejo, dieron una suma suficiente de dinero a los soldados¹³ y dijeron: "Decid a la gente: 'Sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras dormíamos'. ¹⁴ Y si esto llega a oídos del gobernador, le daremos satisfacción y os evitaremos problemas". ¹⁵ Así que tomaron el dinero e hicieron lo que se les había ordenado. Y esta historia se ha difundido entre los judíos hasta el día de hoy. (Mateo 28:11-15)

¿Recompensado por abandono del deber? No lo creo. Incluso los líderes religiosos sabían que las pruebas de que la sepultura de Jesús era segura eran indiscutibles. Y, sin embargo, ahí está la tumba vacía, dándonos la seguridad de que Cristo ha resucitado de entre los muertos.

Conclusión

La semana que viene celebraremos la gloriosa resurrección de Jesús. Estoy emocionado por ello. Pero no descuidemos el significado de la muerte y sepultura de Jesús.

Fue a través de la muerte sacrificial de Jesús que se hizo expiación por nuestros pecados. La barrera entre nosotros y Dios fue eliminada.

Y fue a través de su segura sepultura que Jesús pudo demostrar más tarde que la muerte no podía retenerlo. Cuando empezamos a estudiar los sufrimientos de Cristo hace unas semanas, leí en Hechos 2, haciendo hincapié en la soberanía de Dios en todo esto. Permítanme leerlo de nuevo. Aquí está Pedro declarando audazmente a los judíos:

²³ a este Jesús, entregado según el plan definido y la presciencia de Dios, vosotros lo crucificasteis y matasteis por manos de hombres sin ley. ²⁴ Dios lo resucitó, desatando los dolores de la muerte, porque no era posible que fuera retenido por ella. (Hechos 2:23-24)

Incluso en la oscuridad del Gólgota, Dios estaba haciendo cosas poderosas. ¿Estás atravesando tu propia oscuridad? Dios no está menos presente allí. Confía en Él por la importante obra que está haciendo allí. Ponte en sus manos.